

O socialistas o abertzales

(*El Correo*, 8. 09. 2002)

Les aseguro que no es cuestión de poca monta. Algunos hemos repetido cien veces que las batallas políticas comienzan a ganarse o perderse según el empleo mismo de las palabras por parte de los contendientes. Basta permitir sin protestar que el adversario se apodere de un término clave, le infunda un significado falso o unilateral que favorezca a su causa y consiga extenderlo en el uso de los hablantes..., para que la victoria se incline a su favor. O para que reine una confusión semántica que sin duda le beneficia. Es uno de tantos efectos funestos de la ignorancia y apatía ciudadanas, a falta de conceptos justos, el suponer que las cuestiones terminológicas carecen de importancia y que cada cual puede llamar a las cosas como le venga en gana. Pues no: pensamos gracias a nuestras palabras. Que un Fernando se haga llamar Pernando es simplemente pretencioso y ridículo, pero que todo un partido político llame a engaño con su propio nombre resulta incomparablemente más grave.

Una *contradictio in terminis*

El ejemplo más reciente sería el último cambio de denominación del grupo parlamentario de Batasuna. Nuestros diputados no supieron aprovechar la ocasión para rendir un servicio público que les compete, a saber, el de ilustrar a la ciudadanía para contribuir a formar la voluntad popular. Les hubiera tocado poner de manifiesto que la nueva denominación *-Sozialista Abertzaleak-* resulta del todo incongruente, una verdadera *contradictio in terminis*. Pero ¿cómo?, ¿dice usted que no se puede ser a la vez nacionalista étnico y socialista?, ¿que Batasuna no es un partido de izquierdas? Eso digo, pese a que la creencia general sea la impostura contraria. Ellos mismos se han atribuido tales apelativos, nadie -ni políticos, ni periodistas ni ciudadanos- se lo ha disputado y tan grueso disparate permanece en las conciencias con resultados civiles desastrosos. Pero ya es hora de aprender a distinguir y de curarse de viejos complejos.

Porque la *izquierda abertzale* será izquierda tan sólo respecto de la *derecha abertzale* (PNV), y pare usted de contar. Como *abertzale* o nacionalista étnico, ni en su teoría ni en su práctica puede ser de izquierdas o, para entendernos, socialista. Un nacionalista no puede ser socialista porque el Pueblo de aquél no coincide con el pueblo trabajador de éste. Un socialista no puede ser nacionalista, por de pronto, porque es internacionalista. El nacionalista se ocupa de razas,

lenguas, en definitiva, de fronteras y no del modo como se organice la vida en su interior; al socialista le preocupa ante todo el modo como se produce y distribuye la riqueza, en su país y en todo el mundo.

El primero vive obsesionado por su presunta diferencia como minoría cultural, hasta el punto de poner en cuestión la comunidad que forma con sus iguales, o sea, la ciudadana, para exigir otra exclusiva de él y *los suyos*. El segundo, que se fija en la condición asalariada de la mayoría, hace de la dependencia y desigualdad social su punto de partida y de la búsqueda de la emancipación e igualdad de oportunidades su meta. En tanto que el uno se embarca en la “construcción nacional” y anhela un Estado propio, el otro invoca esa justicia social que sólo una unión democrática de Estados hará posible a escala mundial.

Las dos almas

Es verdad que ambas ideologías han prestado existencia a sujetos abstractos colectivos -la Nación, la Clase- y han sacrificado la vida de incontables individuos a tales ídolos. Pero en general el socialismo ha sabido por fin renunciar al suyo y ajustarse al espíritu y forma democráticos, al paso que un nacionalismo como el vasco cae siempre en la tentación de otorgar a su tribu unos derechos infundados y una voluntad superior a la de los individuos mismos. Los dos pueden incurrir en el fanatismo del creyente, pero mientras la fe nacionalista se esfuma del todo en cuanto se deja alumbrar por la razón, la del socialista deja paso a una conciencia fortalecida con la ayuda del análisis crítico. En suma: el nacionalista se nutre de premisas no sólo primitivas e integristas, sino políticamente reaccionarias; difícil será negar que al socialista le animan principios universales y progresistas. Claro que, para el cinismo ambiental, también estas palabras están desgastadas.

Admitamos que este o aquel nacionalista puedan *creerse* o *sentirse* socialistas, faltaría más, pero es imposible que sus doctrinas y su partido lo sean. Tampoco nos extrañe que este o aquel socialista se adhieran a ciertas reivindicaciones *abertzales*, sólo que será desde otros presupuestos ideológicos que los que dice profesar... cuando no por vergonzante oportunismo. Si uno u otro comparten tesis u objetivos capitales del contrario -y en nuestra izquierda el caso abunda: desde Maragall a Madrazo-, será *contra* y *a pesar de* sus propios principios. Es imposible congeniar esas dos almas opuestas; tarde o temprano, una se impondrá sobre la otra.

Salvo añoranza del nacionalsocialismo, no se puede ser *a la vez* abertzale y socialista. Los que así pretenden llamarse serán, a lo sumo, *antes* nacionalistas y *después* (y aún habrá que verlo)

socialistas; en su fuero interno, lo primero y determinante es el sustantivo, en tanto que lo segundo y más despreciable el adjetivo. La razón es fácil de entender. Si el nacionalista aspira a conquistar su propia comunidad política, una distinta de la actual, en el fondo le traerá sin cuidado que en ésta (la que rechaza como suya) se adopten medidas de transformación social. Una por una, él ha de disponer de un país soberano y sólo entonces, en caso de ser además socialista, cobrará sentido implantar un programa de mejoras radicales. De momento, cualquier injusticia social tendrá que subordinarse y aguardar al arreglo de la principal injusticia: la nacional...

En fin, los hechos

Por eso no me cansaré de repetir que, entre nosotros, el nacionalismo vasco ha sido y es el mayor obstáculo para una política que merezca el título de socialista. Algún día se caerá en la cuenta de que aquella enfermedad tribal ha causado no sólo el enfrentamiento y asesinato de muchas personas. Ha causado asimismo la detención, el derroche, el desvío, la contaminación de las mejores energías de nuestra tierra. El actual presidente del Partido Socialista de Euskadi escribe en documento solemne que “la confrontación entre los modelos sociales de la izquierda y la derecha ha pasado en Euskadi a ocupar un segundo plano”. El último secretario de la UGT de esta Comunidad, a la hora de su despedida, declara: “Se discute más de cuánto de España queremos ser y no de cuánto de izquierdas y derechas. Hay una polarización respecto del modelo de Estado y se oculta el modelo de sociedad”.

Y ahora, díganme: esa falta de debate sobre “el reparto de la riqueza y políticas sociales”, ¿favorecerá a la derecha o a la izquierda? Los miles de millones invertidos en política lingüística, ¿no estarían mejor dedicados a remediar muchas necesidades más graves, urgentes y justas? Los votos perdidos por Batasuna ¿adónde han ido a parar?, ¿a partidos socialistas o a los *abertzales*? La mayoría de muertos a manos de ETA, en fin, ¿no son acaso gentes de izquierda tanto como de derecha, pero en todo caso no nacionalistas? Pues saquemos la lección, si es que todavía nos importa.

